

Dardos, y Piedras, que se hallaron dentro del recinto: y victoria, que por su facilidad, y poca costa, se celebró con particular demonstracion de alegría entre los Soldados; aunque no sabian entonces, quanto les importava el aver sido valientes de noche; ni la obliga-

cion, en que estavan à los Magos de Tlascala; cuyo desvario sirvió tambien en esta Obra, porque levantó à lo sumo el credito de los Españoles, y les facilitó la paz, que es el mejor fruto de la Guerra.

CAPITULO XX.

Manda el Senado à su General, que suspenda la Guerra, y el no quiere obedecer; antes trata de dar nuevo assalto al Quartel de los Españoles: conocense, y castiganse sus Espias; y dase principio à las platicas de la Paz.

Claman los Tlascalcas por la Paz.

Desvanecidas en la Ciudad aquellas grandes esperanzas, que se avian concebido, sin otra causa, que fiar el suceso de sus Armas al favor de la noche, bolvió à clamar el Pueblo por la Paz: inquietaronse los Nobles, hechos ya Populares, con menos ruido, pero con el mismo sentir: quedaron sin aliento, y sin discurso los Senadores: y su primera demonstracion fue, castigar en los Agoreros su propria libiandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño, como porque se corrieron de averlos creído. Dos, ó tres de los mas principales fueron sacrificados en uno de sus Templos, y los demás tendrian su reprehension, y quedarían obligados à mentir con menos libertad en aquel Auditorio.

Castigo de los Agoreros.

Juntóse despues el Senado para tratar el negocio principal, y todos se inclinaron à la Paz, sin controversia: concediendo al entendimiento de Magiscatzin la ventaja de aver conocido antes la verdad: y confessando los mas incredulos, que aquellos Estrangeros eran sin duda los Hombres celestiales de sus Profecias. Decretóse, por primera resolucion, que se despachasse luego expresa orden à Xicotencal, para que suspendiese la Guerra, y estuviese à la mira; teniendo entendido, que se tratava de la Paz, y que por parte del Senado quedava ya resuelta, y se nombrarian luego Embaxadores, que la propusiesen, y ajustassen con los mejores partidos, que se pudiesen conseguir à favor de su Republica.

Ordena el Senado, que se suspenda la Guerra.

Pero Xicotencal estava tan obstinado

contra los Españoles, y tan ciego en el empeño de sus Armas, que se negó totalmente à la obediencia de esta orden, y respondió con arrogancia, y desabrimiento, que él, y sus Soldados eran el verdadero Senado, y mirarian por el credito de su Nacion, ya que la defamparavan los Padres de la Patria. Tenia dispuesto el assaltar segunda vez à los Españoles, de noche, y dentro de su Quartel; no porque hiziesse caso de las Adivinaciones pasadas, sino porque le pareció mejor tenerlos encerrados, para que viniesen vivos à sus manos; pero tratava de ir à esta Faccion con mas Gente, y con mejores noticias: y sabiendo que algunos Payfanos de los Lugares circunvezinos acudian al Quartel con Balcamos, por la codicia de los Rescates, se sirvió de este medio, para facilitar su Empresa; y nombró quatro Soldados de su satisfacion, que vestidos en traje de Villanos, y cargados de Frutas, Gallinas, y Pan de Maiz, entrassen dentro de la Plaza, y procurassen observar la calidad, y fuerza de su Fortificacion, y porque parte se podría dar el Assalto con menos dificultad. Algunos dizen, que fueron estos Indios como Embaxadores del mismo Xicotencal, con platicas fingidas de Paz (en cuyo caso sería mas culpable la inadvertencia de los nuestros) pero bien fuesse con este, ó con aquel pretexto, ellos entraron en el Quartel, y estuvieron entre los Españoles mucha parte de la mañana, sin que se hiziesse reparo en su detencion, hasta que uno de los Soldados Zempoales advirtió, que andavan

No obedeció Xicotencal al Senado.

Intenta ganar el Quartel por interpretia.

Entran Tlascalcas en el Quartel en traje de Villanos.

Son aprehendidos, y confiesan el intento de Xicotencal.

reconociendo catelofamente la Muralla, y assomandose à ella por diferentes partes, con recatada curiosidad, de que avisó luego à Cortés: y como en este genero de sospechas, no ay indicio leve, ni sombra, que no tenga cuerpo, mandó que los prendiesen al instante; lo qual se executó con facilidad: y examinados separadamente, dixeron, con poca resistencia, la verdad; unos en el Tormento, y otros en el temor de recibirlo: concordando todos en que aquella misma noche se avia de dar segundo assalto al Quartel, à cuya Faccion vendria ya marchando su General con veinte mil Hombres, y los avia de esperar à distancia de una legua, para disponer sus ataques, segun la noticia, que le llevassen de las flaquezas, que huviesen observado en la Muralla.

Estava con poca salud Hernan Cortés.

Suceso de una Purga, que tomó en este tiempo.

No fue milagro el suceso.

Sintió mucho Hernan Cortés este accidente; porque se hallava con poca salud, y le costava, el disimular su enfermedad, mayor trabajo, que padecerla; pero nunca se rindió à la cama, y solo cuydadava de curarse, quando no avia de que cuidar. Refiere de él (no lo pasemos en silencio) que una de las ocasiones, que se ofrecieron sobre Tlascala, le halló recién purgado; y que montó à cavallo, y anduvo en la disposicion de la Batalla, y en los peligros della, sin acordarse del achaque, ni sentir el remedio, que hizo, el día siguiente, su operacion: cobrando, con la quietud del sugeto, su eficacia, y su actividad. Don Fray Prudencio de Sandoval, en su Historia del Emperador, lo califica por milagro, que Dios obró con él. Dicen que impugnaron los Philosophos; à cuya profesion toca el discurrir, como pudo, en este caso, arrebatarle la facultad natural en seguimiento de la imaginacion, ocupada en mayor negocio; ó como se recogieron los espíritus al corazon, y à la cabeza; llevandose tras sí el calor natural con que se avia de actuar el medicamento? Pero el Historiador no deve omitir la sencilla narracion de un suceso, en que se conoce, quanto se entregava este Capitan al cuydado vigilante de lo que devia mandar, y disponer en la Batalla: ocupacion verdaderamente, que necesita de todo el hombre, por grande que sea; y ponderaciones, que alguna vez son permitidas en la Historia, por lo que sirven al exemplo, y animan à la imitacion.

Averiguados ya los designios de Xicotencal, por la confession de sus Espias, trató Hernan Cortés de prevenir todo lo necesario para la defensa de su Quartel: y pasó luego à discurrir en el castigo, que merecian aquellos Delinquentes, condenados à muerte; segun las Leyes de la Guerra: pero le pareció, que el hazerlos matar, sin noticia de los Enemigos, sería justicia sin escarmiento; y como necesitava meaos de su satisfacion, que del terror ageno; ordenó, que à los que estuviesen mas negativos (que serian catorze, ó quinze) se les cortassen las manos à unos; y à otros los dedos pulgares, y los embió de esta fuerte à su Exercito: mandandoles, que dixessen de su parte à Xicotencal, que ya le quedavan esperando; que se los embiava con la vida, porque no se le malograssen las noticias que llevavan de sus Fortificaciones.

Embía Cortés à las Espias coradas las manos.

Defaliento de Xicotencal.

Quitale el Senado el Baston de General.

Des haze se el Exercito de Xicotencal.

Hizo grande horror en el Exercito de los Indios (que venia ya marchando à su socorro) este sangriento espectáculo: quedaron todos atonitos, notando la novedad, y el rigor del castigo; y Xicotencal mas que todos cuydadoso, de que se huviesen descubierto sus designios; siendo este el primer golpe, que le tocó en el animo, y empezó à quebrantar su resolucion; porque se persuadió à que no podian, sin alguna Divinidad, aquellos Hombres aver conocido sus Espias, y penetrado su pensamiento; con cuya imaginacion empezó à congojarse, y à dudar en el partido, que devia tomar: pero quando ya estava inclinado à resolver su retirada, la halló necesaria, por otro accidente, y se hizo sin su voluntad, lo mismo que resistia su obstinacion. Llegaron à este tiempo diferentes Ministros del Senado, que, autorizados con su representacion, le intimaron, que arriñasse el Baston de General: porque, vista su inobediencia, y el atrevimiento de su respuesta, se avia revocado el Nombramiento, en cuya virtud governava las Armas de la Republica. Mandaron tambien à los Capitanes, que no le obedeciesen, pena de ser declarados por Traydores à la Patria: y como cayó esta novedad sobre la turbacion, que causó en todos el destroz de sus Espias; y en Xicotencal la penetracion de su secreto, ninguno se atrevió à replicar; antes inclinaron las cervizes al precepto de la Republica: deshaze se el Exercito de Xicotencal.

hazíendose, con extraordinaria promptitud, todo aquel aparato de Guerra. Marcharon los Caziques à sus Tierras: la Gente de Tlascála tomò el camino, sin esperar otra orden: y Xicotencál, que estava ya menos animoso, tuvo à felicidad, que le quitassen las Armas de las manos, y se recogió à la Ciudad, acompañado solamente de sus Amigos, y Parientes: donde se presentó al Senado, mal escondido su despecho en esta demonstracion de su obediencia.

Los Españoles passaron aquella noche con cuidado, y foflegaron el dia siguiente sin descuido: porque no se acabavan de asegurar de la intencion del Enemigo; aunque los Indios de la Contribucion afirmavan, que se avia deshecho el Exercito, y esforzado la plática de la Paz. Durò esta suspension, hasta que otro dia por la mañana, descubrieron las Centinelas una Tropa de Indios, que venian (al parecer con algunas cargas sobre los ombros) por el camino de Tlascála: y Hernan Cortès mandò, que se retirassen à la Plaza, y los dexassen llegar. Guiavan esta Tropa quatro Personages de respecto, bien adornados, cuyo trage, y plumas blancas denotavan la Paz: de tràs de ellos venian sus Criados, y despues veinte, ò treinta Indios Tamenes, cargados de Vituallas. Deteníanse de quando en quando, como rezelosos de acercarse, y hazian grandes humillaciones àzia el Quartel, entreteniendo el miedo con la cortesia; inclínavan el pecho hasta tocar la tierra con las manos; levantándose despues, para ponerlas en los labios: reverencia, que solo usavan con sus Principes; y en estando mas cerca, subieron de punto el rendimiento con el humo de sus Incensarios. Dexòse ver entonces, sobre la Muralla, Doña Marina, y en su lengua les preguntò, de parte de quien, y à que venian? Respondieron, que de parte del Senado, y Republica de Tlascála, y à tratar de la Paz: con que se les concedió la entrada.

Embaxada del Senado à Cortès.

Llegan los Embiados con insignias de Paz.

Disculpas, y proposicion del Senado.

Recibiólos Hernan Cortès con aparato, y severidad conveniente; y ellos, repitiendo sus reverencias, y sus perfumes, dieron su Embaxada, que se reduxo à diferentes disculpas de lo passado; frivolas, pero de bastante sustan-

cia, para colegir dellas su arrepentimiento. Dezian: Que los Oromies, y Chontales, Naciones Barbaras, de su Confederacion, avian juntado sus Gentes, y hecho la Guerra contra el parecer del Senado, cuya autoridad no avia podido reprimir los primeros impetus de su ferocidad; pero que ya quedavan desarmados, y la Republica muy deseosa de la Paz: que no solo traian la voz del Senado, sino de la Noblez, y del Pueblo, para pedirle, que marchasse luego con todos sus Soldados à la Ciudad; donde podrian detenerse lo que gustassen, con seguridad, de que serian asistidos, y venerados, como hijos del Sol, y hermanos de sus Dioses. Y ultimamente concluyeron su razonamiento: dexando mal encubierto el artificio, en todo lo que hablaron de la Guerra passada; pero no sin algunos visos de sinceridad en lo que proponian de la Paz.

Hernan Cortès, afectando, segunda vez, la severidad, y negando al semblante la interior complacencia, les respondió solamente: Que llevassen emendado, y dixessen de su parte al Senado, que no era pequeña demonstracion de su benignidad, el admitirlos, y escucharlos; quando podian temer su indignacion, como delinquentes, y devian recibir la ley, como vencidos: que la Paz, que proponian era conforme à su inclinacion; pero que la buscavan despues de una Guerra muy injusta, y muy porfiada, para que se dexasse hallar facilmente, ò no la encontrassen detenida, y recatada: que se veria como perseveravan en desearla, y como procedian, para merecerla: y entretanto procuraria reprimir el enojo de sus Capitanes, y engañar la razon de sus Armas: suspendiendo el castigo con el brazo levantado, para que pudiesen lograr con la enmienda, el tiempo que ay entre la amenaza, y el golpe.

Así les respondió Cortès, tomando, por este medio, algun tiempo, para convaler de su enfermedad, y para examinar mejor la verdad de aquella proposicion: à cuyo fin tuvo por conveniente, que bolviessen cuidadosos, y poco asegurados estos Mensajeros; porque no se ensoberveciessen, ò entibiassen los del Senado: hallandole muy facil, ò muy deseoso de la Paz: que en este genero de negocios suelen ser atajos, los que parecen rodeos, y servir como diligencias las dificultades.

Respuesta de Hernan Cortès.

Ponen à Motezuma en cuidado estas Victorias.

CAPITULO XXI.

Vienen al Quartel nuevos Embaxadores de Motezuma para embarazar la Paz de Tlascála, persevera el Senado en pedir la, y toma el mismo Xicotencál à su quenta esta Negociacion.

CREció con estas Victorias la fama de los Españoles; y Motezuma, que tenia frequentes noticias de lo que passava en Tlascála, mediante la observacion de sus Ministros: y la diligencia de sus Correos, entrò en mayor apprehension de su peligro, quando viò sojuzgada, y vencida, por tan pocos Hombres, aquella Nacion belicosa, que tantas vezes avia resistido à sus Exercitos. Hazíale grande admiracion las hazañas, que le referian de los Estrangeros, y temia, que una vez reducidos à su obediencia los Tlascaltècas, se sirviessen de su Rebeldia, y de sus Armas, y passassen à mayores intentos, en daño de su Imperio. Pero es muy de reparar, que en medio de tantas perplexidades, y rezelos no se acordasse de su poder, ni passasse à formar Exercito para su defensa, y seguridad; antes sin tratar (por no sé que Genio superior à su Espiritu) de convocar sus Gentes, ni atreverse à romper la Guerra, se dexava todo à las Artes de la Politica, y andava fluctuando entre los medios suaves. Pusò entonces la mira en deshazer esta union de Españoles, y Tlascaltècas, y no lo pensava mal; que quando falta la resolucion, fuele andar muy despierta, y muy solícita la prudencia. Resolvió, para este fin, hazer nueva Embaxada, y Regalo à Cortès; cuyo pretexto fue, complacerse de los buenos sucesos de sus Armas, y de que le ayudasse à castigar la insolencia de sus enemigos los Tlascaltècas: pero el fin principal de esta diligencia, fue pedirle, con nuevo encarecimiento, que no tratasse de passar à su Corte, con mayor ponderacion de las dificultades, que le obligavan, à no conceder esta permission. Llevaron los Embaxadores Instruccion secreta, para reconocer el estado, en que se hallava la Guerra de Tlascála, y procurar (en caso que se hablasse de la Paz, y los Es-

Nuevos discursos de Motezuma.

No se acuerda Motezuma de sus Fuerzas.

Nueva Embaxada de Motezuma.

Instruccion secreta de sus Embaxadores.

pañoles se inclinassen à ella) divertir, y embarazar su conclusion, sin manifestar el rezelo de su Principe, ni apartarse de la negociacion, hasta darle quenta, y esperar su orden.

Vinieron con esta Embaxada cinco Mexicanos de la primera suposicion entre sus Nobles; y pisando con algun recato los terminos de Tlascála, llegaron al Quartel, poco despues, que partieron los Ministros de la Republica. Recibiólos Hernan Cortès con grande agallajo, y cortesia; porque ya le tenia con algun cuidado el silencio de Motezuma: Oyò su Embaxada gratamente; recibió tambien, y agradeció el presente (cuyo valor seria de hasta mil pesos en Piezas diferentes de oro ligero, sin otras curiosidades de pluma, y algodón) y no les diò por entonces su respuesta; porque deseava, que viessem, antes de partir, à los de Tlascála, rendidos, y pretendientes de la Paz: ni ellos solicitaron su despacho, porque tambien deseavan detenerse; pero tardaron poco en descubrir todo el secreto de su Instruccion; porque dezian, lo que avian de callar, preguntando, con poca industria, lo que venian à inquirir: y à breve tiempo se conociò todo el temor de Motezuma, y lo que importava la Paz de Tlascála, para que vinièssè à la razon.

La Republica, entretanto, deseosa de poner en buena fec à los Españoles, embió sus ordenes à los Lugares del contorno, para que acudiessem al Quartel con bastimentos: mandando que no llevassen por ellos precio, ni rescate: lo qual se executò puntualmente; y creció la provision, sin que se atreviessen los Paysanos à recibir la menor recompensa. Dos dias despues, se descubrió, por el camino de la Ciudad, una considerable Tropa de Indios, que se venian acercando con insignias de Paz; y avi-

Llegan al Quartel de los Españoles.

Oyelos Cortès.

Suspende la respuesta.

Asisten los Tlascaltècas à la provision del Quartel.

Vienen nuevos Embaxadores de Tlascála.

Oyelos Cortés en presencia de los Mexicanos.

Viene Xicotencal con esta Embaxada.

Como venia, y como era.

Embaxada del Senado de Tlascala.

Llegan los Embaxadores.

Substancia de su Oracion.

Embaxadores.

Embaxadores.

Embaxadores.

Embaxadores.

Embaxadores.

Embaxadores.

Embaxadores.

Embaxadores.

Embaxadores.

Embaxadores.

ido Cortés, mandó que se les franqueasse la entrada: y para recibirlos, mezcló, entre su acompañamiento, á los Embaxadores Mexicanos: dándoles á entender, que les confiava lo que deseava poner en su noticia. Venia por Cabo de los Tlascalcas el mismo Xicotencal, que tomó la comission de tratar, y concluir este gran negocio: bien fuese por satisfacer al Senado, enmendando con esta acción su pasada rebel- dia; ó porque se persuadió, á que convenia la Paz, y como ambicioso de gloria, no quiso que se deviese á otro el bien de su Republica. Acompañavanle cinquenta Caballeros de su Faccion, y Parentela, bien adornados á su modo. Era de mas que mediana Estatura, de buen tallo, mas robusto, que corpulento: el Trage un manto blanco, ayrosamente manejado, muchas Plumas, y algunas Joyas puestas en su lugar: el rostro de poco agradable proporción, pero que no dexava de infundir respeto, haziendose mas reparable por el detenido, que por la fealdad. Llegó con desembarazo de Soldado á la presencia de Cortés; y hechas sus reverencias, tomó asiento; dixo quien era; y empezó su Oracion: Confessando que tenia toda la culpa de la Guerra pasada, porque se persuadió á que los Españoles eran Parciales de Motezuma, cuyo nombre aborrecia; pero que ya, como primer Testigo de sus hazanas, venia con los meritos de Rendido, á ponerse en las manos de su Vencedor; dexando merecer con esta sumission, y reconocimiento, el perdón de su Republica; cuyo nombre, y autoridad traxa; no para proponer, sino para pedir rendidamente la Paz, y admitirla, como se la quisiesen conceder: que le demandava una, y dos, y tres veces en nombre del Senado, Nobleza, y Pueblo de Tlascala: Suplicandole, con todo encarecimiento, que honrassse luego aquella Ciudad con su asistencia, donde hallaria prevenido Alojamiento para toda su Gente, y aquella veneracion, y servidumbre, que se podia fiar de los que, siendo valientes, se rendian á rogar, y obedecer; pero, que solamente le pedia (sin que pareciesse condicion de la Paz, sino dadi- va de su piedad) que se hiziesse buen pas- saje á los Vecinos, y se reservassen de la li- cencia Militar sus Dioses, y sus Mugerres.

Agradó tanto á Cortés el razonamien- to, y desahogo de Xicotencal, que no pudo dexar de manifestarlo en el sem- blante,

blante, á los que le assistian: dexando- se llevar del afecto, que le merecian siempre los Hombres de valor; pero mando á Doña Marina, que se lo dixes- se assi, porque no pensasse que se ale- grava de su proposicion; y bolvió á co- brar su entereza, para ponderarle, no sin alguna vehemencia: *La poca razon que avia tenido su Republica, en mover una Guerra tan injusticia: y el fomentar esta injusticia con tanta obstinacion.* En que se alargó, sin prolixidad, á todo lo que pedia la razon: y despues de acriminar el delito, para encarecer el Per- don, concluyó: *Concediendo la Paz, que le pedian, y que no se les haria violenta; ni extorcion alguna en el passo de su Exercicio: á que añadido, que quando lle- gase el caso de ir á su Ciudad, se les avi- saria con tiempo, y se dispondria lo que fuese necesario para su Entrada, y Aloxa- miento.*

Sintió mucho Xicotencal esta dila- cion: mirandola como pretexto para examinar mejor la sinceridad del Tra- tado: y con los ojos en el Auditorio, dixo: *Razon tenéis; ó Tenéis grandes (assi llamavan á sus Dioses) par castigar nuestra verdad, con vuestra desconfianza; pero sino basta, para que mereçais, el habitaros en mi toda la Republica de Tlascala: Yo, que soy el Capitan General de sus Exerci- tos, y estos Caballeros de mi seguito, que son los primeros Nobles, y mayores Capitanes de mi Nacion; nos quedaremos en Rehenes de vuestra seguridad, y estaremos en vuestro poder, Prisioneros, ó aprisiona- dos todo el Tiempo que os detuviereis en nuestra Ciudad.* No dexó de asegurarse mucho Hernan Cortés con este ofreci- miento; pero como deseava siempre quedar superior, le respondió: *Que no era menester aquella demonstracion, para que se creyese que deseavan lo que tanto les convenia; ni su Gente necesitava de Rehenes para entrar segura en su Ciudad, y mantenerse en ella, sin rezelo, como se avia mantenido en medio de sus Exercitos armados; pero que la Paz quedava firme, y asegurada en su palabra: y su Jornada seria lo mas presto que se pudiese disponer.* Con que dissolvió la platica, y los salió acompañando hasta la Puerta de su Alojamiento: donde agassjó de nuevo con los brazos á Xicotencal; y dando despues la mano, le dixo al despedir- se: *Que solo tardaria en pagarle aquella visita, el breve tiempo que avia menester para*

Respuesta de Cortés.

Concede la Paz, y roma tiempo.

Segunda instancia de Xicotencal.

Ofrece quedarle en Rehenes.

No lo admite Cortés.

Puede al despedirle en nuevo cuydado.

para

Discurso de los Mexicanos sobre la Embaxada de Tlascala.

para despachar unos Embaxadores de Motezuma. Palabras, que dieron bastante calor á la Negociacion; aunque las dexó caer como cosa en que no repara- va.

Quedóse despues con los Mexicanos; y ellos hizieron grande irrision de la Paz, y de los que la proponian: pas- sando á culpar, no sin alguna enfadosa presuncion, la facilidad con que se dexaron persuadir los Españoles: y bolvien- do el rostro á Cortés le dixerón, como que le davan doctrina: *Que se admiravan mucho, de que un hombre tan sabio no cono- ciese á los de Tlascala; Gente Barbara, que se mamenia de sus ardidés, mas que de sus fuerzas; y que mirasse lo que hazia, porque solo tratavan de asegurarle para servirse de su desexido, y acabar con el, y con los suyos.* Pero quando vieron, que se afirmava en mantener su palabra, y

en que no podia negar la Paz, á quien se la pedia, ni faltar al primer instituto de sus Armas, quedaron un rato pensati- vos; de que resultó el pedirle (con- vertida en ruego la persuasion) que dilara- se por seis dias el marchar á Tlascala, en cuyo tiempo irian los dos mas principales á poner en la noticia de su Principe todo lo que passava; y queda- rian los demás á esperar su resolucion. Concedióselo Hernan Cortés, porque no le pareció conveniente romper con el respecto de Motezuma, ni dexar de esperar lo que dieffe de si esta diligencia: siendo posible, que se allanassen con ella las dificultades, que ponía en dexar- se ver. Assi se aprovechava de los afec- tos, que reconocia en los Tlascalcas, y en los Mexicanos: y assi dava estimacion á la Paz; haziendose la de- fectar á los unos, y temer á los otros.

Piden los Mexicanos que se dilate la resolu- cion.

NUEVA ESPAÑA. LIBRO TERCERO.

